

# Vivendo por ti

Andrea Leal



# Viviendo por ti

Andrea Leal

# Capítulos

1. Dos mundos diferentes.....	5
2. Un destino imprevisto.....	23
3. Cambio de suerte.....	35
4. Un nuevo cuerpo.....	55
5. La vida de lujos.....	69
6. Un típico romance.....	85
7. La declaración.....	109
8. El pasado se acerca.....	129
9. El juicio.....	147
10. La escapatoria.....	181

# Capítulo 1

## Dos mundos diferentes

A través de una gran ventana, ella miraba los anillos que se encontraban en el mostrador; con grandes diamantes, de oro y de plata, sus ojos color café claro dejaban mostrar una ilusión por algo que jamás podría tener. Miró su mano izquierda y su dedo anular donde algún día ella esperaba tener uno de esos; se imaginaba cómo se vería si tuviera uno puesto, sonrió como si ahí estuviera.

Se acomodó su cabello café oscuro y corto, y volvió a observarlos, se les quedó viendo por mucho tiempo sin importarle nada más.

—¡Grecia! —Escuchó su nombre.

Regresó a la realidad. Se encontraba en la plaza de la ciudad de Montiel; estaba rodeada de muchas tiendas y restaurantes de todo tipo. Había una fuente que identificaba la plaza; a veces el agua hacía un espectáculo combinando luces y chorros altos y bajos, era como si bailara.

Había mucha gente que pasaba a su alrededor, entrando y saliendo de aquellos locales de todos tamaños. La plaza siempre estaba llena, gente iba y venía como si fuera el único lugar que podían visitar. Ella miró a la persona que la había despertado de ese sueño, era Emiliano, un amigo que conocía desde su infancia; alto de cabello negro y ojos color gris, venía corriendo a su encuentro.

—Me asustaste —dijo ella una vez frente a él.

—Es la segunda vez en el día que estás soñando despierta —respondió comenzando a caminar junto a ella.

—En nuestra situación creo que es mejor soñar que vivir.

—Pero como eso no se puede debes volver a tu trabajo antes de que lo pierdas.

Era verdad, ella sabía que debía seguir trabajando para sacar adelante a su familia, apenas y con el trabajo que tenía le alcanzaba para mantener los gastos de la casa. Miraba a todas las personas de la plaza saliendo con grandes bolsas llenas de cosas que realmente no necesitaban, quería poder hacer lo mismo.

Se detuvieron frente a una nevería, *Helados Gamba*, no solamente vendían nieves, sino también postres y malteadas.

Mucha gente iba a sentarse a platicar por horas, se llenaba mucho y más en tiempos de calor. Miró su uniforme; pantalones rojos y una blusa blanca con el logotipo de la nevería. Suspiró y entró dejando atrás a Emiliano.

—¡Ya era hora de que llegaras! —le dijo una compañera un poco molesta.

—Lo siento. No volverá a suceder, Iris. —le contestó Grecia entrando a la barra y ayudando a sacar los pedidos.

—¡Más te vale! Porque muchas personas también desean este trabajo.

Grecia asintió, sabía que no era la primera vez que llegaba tarde, observó el lugar repleto de personas, miró las órdenes que se encontraban ya escritas en la barra y comenzó a trabajar.

Un carro rojo convertible último modelo se estacionó frente a la nevería, una joven con grandes lentes de sol oscuros, de cabello largo y claro, se bajó hablando por celular.

Caminaba como si sólo estuviera ella, sin importarle quién se atravesaba. No esperaba a nadie, se abría camino y si era necesario hacía a un lado a las personas que cruzaban por donde iba.

Entró a la nevería, colgó su celular y justo frente a la barra se detuvo a observar el menú, se quitó sus lentes para mostrar sus ojos color azul.

Estaba por pedir cuando un joven llegó por detrás y la abrazó, ella volteó a verlo y lo besó; alto de cabello ondulado color café y de ojos color verde.

—Ya era hora de que llegaras Raquel —dijo el joven.

—Tuve que hacer otras vueltas que son de prioridad Landon, hay cosas que pueden esperar. ¿No me vas a invitar una nieve?

—Sí, siéntate y te la llevo en seguida.

—¿Sabes cuál quiero?

—Siempre pides lo mismo, no puedo fallar. Te llevaré de menta.

—Bien.

Raquel miró a las dos jóvenes que trabajaban ahí, descuidadas y apuradas, podía ver muchas órdenes frente a la de ella, deseaba que la suya fuera la primera.

Landon sabía que a ella le gustaba la rapidez, y la mayoría de las veces lo conseguía.

Ella buscó un lugar donde sentarse y mientras su novio le traía la nieve, sacó su celular y miraba fotos de días anteriores con sus amigos.

—Estuve esperando más de una hora, estaba por irme cuando llegaste —dijo Landon mientras colocaba el vaso frente a ella con dos bolas de nieve color blanco.

—Yo siempre te estoy esperando a ti con tus viajes y todas tus vueltas, puedes esperarme una hora —respondió ella dejando a un lado su celular.

—Bien, es bueno saber que lo tomas así, debo viajar unos días.

—¿Qué no estás escuchando? No me gusta que lo hagas.

—Es mi trabajo, cuando termines la universidad podrás acompañarme.

—La universidad la voy a terminar cuando quiera, tiempo me sobra, ¿sabes cómo contentarme verdad?

—Te traeré un obsequio.

Raquel sonrió al escuchar su respuesta, ya tenía colección de todo lo que traía de sus viajes.

Escuchó una risa conocida, sólo esa persona se reía así, miró la puerta de la entrada de la nevería para ver entrar a Emma; su mejor amiga que al igual que ella tenía el cabello claro.

Saltó de su asiento ignorando por completo a Landon y fue a saludarla, la abrazó y se le dibujó una sonrisa en su rostro.

—¿Te enteraste? —preguntó Emma aún parada frente a la entrada.

—¿De tu fiesta? Claro, ahí estaré.

—¿Vendrá Landon?

—No podré ir. Debo trabajar. —Interrumpió junto a Raquel.

—Sí, él debe hacer su trabajo, considera que me quedaré a dormir en tu casa —respondió Raquel con una sonrisa.

No le gustaba a veces que Landon la acompañara a las fiestas, no la dejaba divertirse con libertad.

—Entonces te veré en pocos días. —Emma sonrió.

—Vamos, amor. Si te vas mañana debemos ir a cenar a mi restaurante favorito.

Se despidieron de Emma quien se quedó haciendo fila para pedir algo, y los dos salieron.

Raquel tiró su nieve a la mitad estando fuera del local.

Grecia salió de trabajar, caminaba por la calle por muchos kilómetros hasta llegar a un barrio donde las casas apenas y estaban terminadas de construir. Algunas no estaban pintadas y a otras les faltaban ventanas, se veían tristes por su apariencia. Ese tipo de casas la hacía sentirse en depresión, el volver a casa no era algo que anhelaba hacer en todo el día.

Suspiró y siguió caminando para llegar con su mamá y hermana, su única familia.

Al llegar a la calle donde se encontraba su hogar, se detuvo para ver a su hermana menor de seis años jugar con piedras frente a una casa pintada de diferentes colores, tenía una ventana en la que se podía ver a una señora cocinar.

—¡Catalina! —exclamó ella feliz al verla.

Corrió abrazarla, con ella no podía mostrar sus verdaderos sentimientos, no merecía saber aún en qué mundo vivían.

—¡Grecia! Te estaba esperando. Quiero comprar unas papas —respondió su hermana con una sonrisa de oreja a oreja dejando todo a un lado.

—Aún no me pagan —contestó triste.

—Ten, ve por tus papas. —Interrumpió Emiliano a su lado. Sacó unas cuantas monedas y se las dio a Catalina.

Catalina se fue corriendo, iba cantando y saltando al mismo tiempo.

—No debiste hacer eso —contestó Grecia sentándose en la banqueta donde Catalina jugaba anteriormente.

Sacó un cigarro de su pantalón.

—No ha comido nada —dijo sentándose junto a ella.

—Tu tampoco. No quiero que se acostumbre a que tú le des dinero.

—No deberías de fumar —Ignoró su comentario.

—Me relaja...

—Y te mata. No lo olvides.

—No quiero que me regañes ahora, tuve un día pesado — dijo molesta.

Se levantó de la banqueta.

—¿Tú crees que eres la única que sufre? Estás muy equivocada.

—¿Quién más sufre? Dime una persona que lo haga, porque al parecer no hay nadie. Veo a todas las personas en la plaza, siempre con una sonrisa, comprando cosas innecesarias al por mayor. Soy la única con frustración por salir adelante.

—Yo, yo sufro también.

—¿Por qué? Si siempre estás con esa sonrisa.

—Sufro al verte así, me gustas mucho y no te das cuenta.

—Emiliano, no tengo tiempo para pensar en eso.

—Entonces, ya ves, si hay más personas que sufren —dijo acercándose a ella.

—¿Por qué tienes que ser así?

—¿Cómo?

—Tan bueno. Yo no te puedo ofrecer nada.

—Yo no busco dinero, Grecia. Yo tampoco lo tengo.

—Ya lo ves, entonces no puede haber nada.

Emiliano sujetó a Grecia de la cintura, ella se sorprendió. Unió sus labios con los de ella, la besó. Ella se separó de él, no sabía lo que sentía, lo miró y él la miraba fijamente. Lo besó sin pensar las cosas.

El tiempo parecía haberse detenido alrededor de ellos, pero después ella recordó que no quería conformarse con lo que tenía, quería más y no quería que nadie la detuviera, no entendía por qué él no lo podía entenderlo. Se lo repetía a diario. Se separó de él y entró corriendo a la casa pintada por muchos colores.

Raquel se encontraba con Emma en un SPA; dentro de la plaza de la ciudad con el fin de celebrar su cumpleaños; Raquel había conseguido entrar a un paquete exclusivo por ser cliente frecuente.

Las dos recibieron un masaje lleno de aceites y aromas que las ayudó a relajarse para el día que les esperaba. Ese era el pasatiempo que más le gustaba a Raquel, la relajaba y la hacía sentir mucho mejor en todos los aspectos.

—¿No llegaba hoy tu novio? —le preguntó Emma.

—Sí, eso creo, pero hoy es tu día. Si llega él, que me busque —contestó Raquel volteándola a ver.

—¿De plano no te importa?

—A mi manera, él lo sabe. Emma te debes dejar querer, esa es la clave.

—Debo aprender más de ti. —Ella sonrió.

—Me enteré de que irá Melisa a tu fiesta.

—Sí, es verdad.

—Pensé que no la volvería a ver con el novio que tiene que le prohíbe hacer cosas.

—Ya terminaron. Por eso irá.

—Por eso hay que tratar mal a los hombres. Uno nunca sabe cuándo se van a poner en ese plan y terminarán una relación.

Caminaron por la plaza después de ir de compras. Entraron a los *Helados Gamba* y se acercaron a la caja registradora; apenas y podían caminar con todas las bolsas que traían en cada mano, pero eran expertas que llegaron sin tener problemas.

Grecia se encontraba recibiendo las órdenes de los clientes, al ver a estas dos jóvenes ella las admiró. Tenían grandes bolsas de distintas tiendas, su cabello sólo podía mantenerse así si iban a una estética privada; quería vivir como ellas, estar del otro lado de la caja registradora.

—¿Qué no escuchas? Te pedí algo. —Interrumpió Raquel sus pensamientos.

—Lo siento, ¿qué ordenó? —Grecia volvió a la realidad.

—Una nieve de menta, ¿es tan difícil tu trabajo? —contestó enojada.

—No volverá a suceder.

Le hicieron la orden enseguida para que no se enojara. Raquel la recibió y se fue a buscar una mesa vacía, ahí esperaba a Emma.

Encontró sentado a su mejor amigo, Rafael; un joven de estatura alta, cabello color dorado y de ojos color miel. Había sido su mejor amigo desde que entró a preparatoria, todo por un pequeño problema que tuvieron, pero resultó que era el amigo que siempre había querido. La mayoría del tiempo él se encontraba de viaje; se sentó frente a él y lo asustó.

—Pensé que estabas viajando —le comentó Raquel después de saludarlo.

—Decidí llegar por un tiempo, no podía perderme la fiesta de Emma. ¿Ya cuántos son? ¿22?

—Exacto, esos cumpliré. Es bueno que pudieras llegar. —Interrumpió Emma sentándose junto a ellos.

—¿Lo sabías? —preguntó Raquel desconcertada.

No le gustaba que le escondieran ese tipo de cosas.

—Claro, yo lo invité. No sabía que llegaría, por eso no dije nada. —Ella aclaró. La conocía tan bien.

—Me iré otra vez, aún no sé cuándo. No me gusta estar en un lugar tanto tiempo, es aburrido. —Él les explicó.

—Excelente. Nos vamos a divertir mucho hoy —dijo Raquel comiendo de su nieve.

Por la noche, Raquel se preparaba para la fiesta, se pondría uno de sus nuevos vestidos que compró por la tarde con Emma. No sabía cuál, pero tenía mucho de dónde elegir.

Se arregló frente a un espejo de cuerpo completo en su habitación; le encantaba porque la hacía ver bien. Se maquilló, dejó muchas cosas tiradas por todas partes, sabía que cuando regresara todo estaría recogido.

—Ese cuarto debe estar recogido cuando regrese —le advirtió a la empleada doméstica a salir de su casa.

—Sí, señorita —se limitó a decir.

—Si regreso y no está recogido, ¡será mejor que busques otro trabajo!

—Estará recogido.

Se podía ver que estaba nerviosa.

—Bien.

Finalmente, se subió a su carro y condujo hasta llegar a una mansión color blanca con grandes ventanas, en ellas se podían ver las luces de distintos colores en el interior. Escuchaba la música que provenía de la casa aún con el vidrio arriba, ella sonrió.

Se estacionó junto a más carros y miró la casa de Emma. Había una alfombra roja; como en los estrenos de películas en el exterior indicando cuál era el camino para entrar.

Ella entró para ver mucha gente bailando; la música estaba muy fuerte, apenas y se podían escuchar las voces de las personas que se encontraban ahí.

—¡Ya era hora de que llegarás! —exclamó Rafael al verla.

Parecía que estaba borracho, lo pudo notar en sus ojos. Apenas y se balanceaba. Le acercó su vaso y pudo oler el alcohol.

—Pero llegué. —Ella sonrió—. ¿Dónde está Emma?

—Celebrando —respondió señalando. Raquel miró y la vio bailando con un joven que no conocía.

—Debería hacer lo mismo.

—Sígueme.

Rafael la guio a donde se encontraba la barra. Ella podía pedir la bebida que quisiera. Había meseros que servían rápidamente, había fila de gente para pedir, pero ellos tenían preferencia por ser amigos de la anfitriona.

Raquel sujetó su vaso en cuanto se lo dieron y comenzó a tomar como si fuera agua o algún refresco, pero quería estar en el ambiente que se encontraban sus amigos.

Después de varios vasos de tequila y vodka, Rafael llegó por ella, le sujetó su mano, la llevó a la pista y comenzaron a bailar. Ella se sentía mareada, todo le daba vueltas, disfrutaba de la música y se movía junto a su ritmo, se sentía muy bien.

—¿Y tu novio? —le preguntó Rafael acercándose, se lo dijo al oído y ella sintió cosquillas.

—Supuestamente llegaba hoy, ¿lo ves aquí? No, entonces no hablemos de él.

—Como tú quieras.

Grecia llegó a su casa para descubrir que no tenían luz; había unas cuantas velas para alumbrar la pequeña habitación donde se encontraba todo, la cama, la sala, la cocina.

Su madre jugaba con Catalina para que se distrajera y no viera lo que realmente pasaba a su alrededor, la admiraba mucho por eso, su hermana era feliz de esa manera.

—¿Por qué no se pagó la luz? —le preguntó Grecia a su mamá enojada.

Le había dado dinero para eso un día antes.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? —contestó su mamá mirando a Catalina.

—No podemos, necesito saberlo.

—No me alcanzó.

—¿Gastaste en algo más?

—Todo lo gasto para la casa.

Grecia sabía que su mamá a veces se iba a apostar dinero y muchas veces regresaba sin nada. Era un vicio que no podía quitarle y eso la enojaba, pero era quien cuidaba a Catalina.

Grecia estaba recargaba en la pared viendo lo que hacían, odiaba su vida, no tenía como divertirse y si pudiera no podía gastar; cada centavo estaba destinado para algún gasto de la casa o alguna de las deudas que tenían.

Empezó a sentir que le faltaba el aire en sus pulmones. Se salió de la casa diciendo que iría a caminar.

Se recargó en un árbol cerca de ahí y sacó un cigarro. Se puso a pensar qué podía hacer para mejorar su situación económica.

Tras pensarlo y darle vueltas al asunto decidió que sería bueno encontrar otro empleo, aunque le ocupara todo el día. De todos modos, no tenía planes para salir entonces no le afectaría mucho su agenda.

—¿Qué haces ahí? —Escuchó que le preguntaron. Miró a Emiliano llegar con una bolsa de regalo.

—Fumando —respondió ella secamente—. ¿Qué traes ahí?

—Es tu cumpleaños, ¿recuerdas?

—¿Y me compraste algo?

—Sí, es para ti. No es mucho, pero espero te guste —dijo él obsequiándole la bolsa.

Grecia recibió el regalo y lo abrió.

Sus ojos mostraron un brillo de esperanza al ver lo que era. No lo hacía con frecuencia, pero él sabía que le había gustado.

Era un abrigo que siempre había querido, color negro de una tela que era suave, cubría muy bien del frío, y costaba mucho. Lo había soñado tantas veces, pero sabía que no podía comprarlo. También descubrió un sobre y lo abrió, había una carta dirigida a ella y dinero.

—No puedo aceptar nada de esto —dijo Grecia con una lágrima en su rostro.

—Claro que puedes, tú lo querías. —Él sonrió.

—¿Y tú? ¿Qué harás sin dinero?

—Lo ahorré. No te preocupes por eso, es tu cumpleaños.

Grecia lo abrazó fuertemente.

Por los siguientes días Grecia no dejaba de usar su abrigo a pesar de que no hacía tanto frío. Le gustaba mucho y sentía